



LA MAESTRA

Matthew Maxwell



La lengua del hidralisco era lisa y resbaladiza al tacto. Una infinidad de músculos se relajaban y se contraían orgánicamente, describiendo ondas. *Igual que el Enjambre*, pensó la Dra. Loew. *Una infinidad de criaturas unidas por una sola voluntad, convertidas en un solo organismo.*

La punta enrolló el trozo de carne que ella sostenía entre los dedos pálidos.

—Tranquilo —le dijo con calma, sin perder el control.

La lengua tiró como un pez que muerde el anzuelo.

El hidralisco resopló por los espiráculos de las mejillas. Volvió a tirar.

En la galería de observación reinaba el aburrimiento. La jauría de científicos y ministros estaba distraída, pensando en algo, en cualquier cosa menos en el espectáculo que estaban viendo. En vez de mirar asombrados cómo la Dra. Loew jugaba al tira y afloja con semejante monstruo, confeccionaban largas listas de quejas para presentar más tarde.

—Según los registros protoss que hemos obtenido —recitó la doctora—, la Mente Suprema hizo evolucionar al hidralisco por la fuerza a partir de los slothien. Los slothien son conocidos vulgarmente como "orugas gigantes" y se parecen muy poco a sus aterradores descendientes.

Debatir esa información era seguro solo entre científicos y autoridades del gobierno. Lo único que sabía el público era que había que temerle a todo lo que fuera extraterrestre y había que reportarlo a las autoridades del Dominio.

—¡Quieto! —le ordenó la doctora.

Loew miró decidida a los ojos rojos de la criatura. Esa cosa era gigantesca. Le sacaba dos cuerpos de altura. Ella contaba solo con su voz para controlarla: ahora ni siquiera

precisaba la ayuda de un collar psiónico, que sí había necesitado al comienzo del entrenamiento.

Inyectando un poco de urgencia en su voz para combatir el creciente desinterés de la audiencia, la doctora continuó:

—Armado con cuchillas curvas filosas en sus extremidades superiores y protegido por un conjunto de placas blindadas, el poder de lucha cuerpo a cuerpo del hidralisco es formidable... ¡Atrás! —ordenó con un rigor que le surgió desde adentro.

La lengua cedió y se retiró. El monstruo balanceó su peso hacia atrás. Los hidraliscos, más que cualquier otra criatura, eran el símbolo del poder del Enjambre zerg: todo el mundo los conocía y les temía, hasta los que nunca habían visto uno cara a cara. Aparentemente, todo el mundo a excepción del auditorio presente, que se moría de aburrimiento.

—Los hidraliscos también representan una amenaza a la distancia —entonó Loew—. Pueden lanzar espinas orgánicas a velocidades asombrosas, espinas que penetran corazas de neoacero a medio kilómetro de distancia. —No es que hiciera falta aclararlo, ningún civil se acercaría tanto a uno por voluntad propia y mucho menos para tocarlo.

Los ojos de la doctora se desplazaron de la audiencia nuevamente al hidralisco.

—Quieto. —Sonrió y cerró la clase dominando a la criatura solo con la voz y con mucha decisión—. A los hidraliscos solo pueden acercarse los soldados entrenados, preferentemente con el apoyo de un blindaje pesado.

Hizo una pausa y apuntó su sonrisa hacia la criatura.

—Muy bien, Dennis, muy bien. Ya está.

Odiaba ponerse firme con Dennis pero estaba obligada. A pesar de estar domesticado, su tamaño y corpulencia lo hacían peligroso.

Dennis tomó la carne delicadamente. Los dientes apenas rozaron la piel de la doctora. Un recordatorio de que aún estaban allí y eran filosos.

Un rato después, Dennis yacía relajado e inmóvil en una enorme mesa de acero en el centro del quirófano de demostraciones. Últimamente, los intereses del Dominio habían cambiado de los programas de control zerg a programas más directos de eliminación y exterminio de nidos residuales. La escasa concurrencia sugería que el trabajo ya estaba descartado, sin importar lo impresionante que hubiera sido la demostración.

—Como han visto, este hidralisco adulto está completamente domesticado. Y sin necesidad de usar drogas, que requieren una administración constante y un control preciso de la dosis.

La criatura yacía quieta mientras unos dedos quirúrgicos le quitaban la placa metálica del cráneo. Como una araña, una sonda con cámara ingresó en su cabeza y enfocó el puerto de acceso.

—En las terminales de acceso que tienen frente a ustedes, verán un video de una estructura orgánica que hemos hecho crecer a partir de la masa encefálica del sujeto, un tercer lóbulo.

Todo lo que recibió como respuesta fue una tos seca como. Alguien encendió un cigarro.

—Este lóbulo tiene un doble objetivo.

—Este... lóbulo —interrumpió una voz fría desde la galería oscurecida—, ¿tienes que operar a todos y cada uno de los zerg que lo reciban?

Vio una sola cara iluminada desde abajo por el brillo azul de una consola remota, un rostro cuadrado y fofo, viejo, bien alimentado y demasiado acostumbrado a conseguir todo lo que quería. La brasa del cigarro resplandeció de color naranja brillante.

—¿Disculpe? —Loew frunció el entrecejo con expresión de indignación y asombro.

—¿Es necesario sedar a todos los babosos de mierda que quiere controlar? En ese caso, estoy malgastando el tiempo del emperador.

—Eso... eso sería imposible —dijo la doctora—. Hay millones de zerg.

—Entonces, ¿cómo funciona? —Él no estaba enojado; actuaba como si el trabajo de ella ni siquiera calificara para eso.

—Usamos un OPP: organismo priónico patógeno. El OPP infecta al hidralisco y, genéticamente, "engaña" al huésped para que desarrolle un nuevo lóbulo cerebral. Este lóbulo permite que mi sistema lo controle externamente. Toda esa información está en la...

—Basura —dijo despectivamente—. Pura basura. Es una utopía que la JTU intentó llevar a cabo mediante el proyecto "Bandera negra". Casi nos mata a todos. Quizás estabas demasiado ocupada con tus libritos para darte cuenta.

—No es *basura*. Bandera negra estaba mal pensado. —Tiró su consola remota en la mesa de acero con frustración—. La JTU intentó forzar un nuevo programa de control *descendente* en organismos a los que, durante quizá millones de años, se hizo evolucionar para seguir a sus propios controladores de colmena. Este problema requiere un enfoque completamente diferente... Yo propuse una solución *ascendente*, golpear a los zerg en su punto débil: a nivel individual. —La irritación hizo que la doctora perdiera los modales—. Permítame explicárselo de una forma más simple para que lo entienda.

La brasa del cigarro brilló malhumoradamente en respuesta.

Los dedos de la científica bailaron sobre la consola y el monstruo se bajó de la mesa rodando, no con un sacudón involuntario, sino con un movimiento suave y fluido, de una gracia repulsiva.

—Él ya no escucha a su reina. Hace lo que *yo* le digo.

Dennis se agazapó suavemente junto a la Dra. Loew, que quedó empequeñecida. Con los brazos temporalmente retraídos, esperaba enrollado en una postura de ataque.

La gente en la galería inició la pantalla, un clamor de sombras. El preguntón permaneció en su asiento y le dio una chupada al cigarro.

La doctora ingresó un código de comando en la consola.

Dennis se tensionó. Sus brazos se extendieron y volvieron a retraerse. Estaba listo para saltar.

—Dra. Loew, estamos todos adecuadamente...

—¡Sin preguntas! —ladró ella.

El movimiento fue más veloz que la vista de los espectadores. Un destello de piel ocre brillante pasó como un rayo cuando Dennis saltó del piso del quirófano a la ventana de observación del otro lado de la sala.

Golpeó la ventana con la fuerza de un camión. Las cuchillas curvas, huesudas arañaron la barrera con frenesí. Después, Dennis tomó carrera y volvió a embestir contra el vidrio, que quedó rajado.

Se oyeron gritos en la audiencia. Nada de cuestionamientos, nada de reproches. Solo gritos. Quizás ahora entendieran el grado de control que ella tenía.

—Derriben al objetivo —dijo el preguntón a nadie en particular.

Se oyó un repiqueteo de botas metálicas contra las baldosas detrás de ella. Cuatro marines entraron a la fuerza al quirófano y desenfundaron sus armas en el instante en que traspasaron la puerta. Dennis estaría muerto antes de darse vuelta para enfrentarlos.

—¡No! —aulló Loew, sin ninguna pretensión de control—. ¡Destruirán años de investigación! —gritó, pero no se interpuso en la línea de fuego.

—Cancela la orden —dijo la voz.

La doctora asintió en silencio mientras ingresaba un comando.

Dennis se impulsó con los brazos, retrocedió de un salto y cayó con un ruido a cachetada. Rodó hacia atrás y se puso de pie al lado de Loew, atento pero relajado.

Se oyó un crujido furtivo desde arriba, como el roce entre un pantalón y una chaqueta. Una puerta de salida se cerró de un portazo.

—Buena coordinación, señores —dijo el hombre.

Los marines no bajaron las armas.

La Dra. Loew se esforzaba por ocultar su respiración agitada en un intento de recuperar la compostura. Había recobrado el control de la demostración pero había perdido el control sobre sí misma.

—No los iba a lastimar —explicó—. Era solo una demostración. Miren.

Sacó una sonda quirúrgica de su guardapolvo y la apuntó al agujero que Dennis tenía abierto en la cabeza.

—Podría convertir su cerebro en gelatina y él ni pestañearía. —Se mantuvo en su posición casi tocando el cerebro expuesto con la sonda.

Alejó el instrumento y le dio la espalda a la criatura. Otro toque en la consola y Dennis se relajó, despojado de su energía e ímpetu, completamente desanimado.

—Ya no es una amenaza para nadie, a menos que se le ordene.

El cigarro del preguntón parpadeó y se movió en la oscuridad.

—Ya vi suficiente. Retira tu mascota y dales a mis asistentes tiempo para cambiarse.

—El brillo naranja resplandeció por la succión fuerte—. Después hablaremos.

El preguntón se llamaba Garr y estaba vestido de militar. Loew no lograba darse cuenta si era un soldado de verdad o si solo intentaba aparentar, como la mayoría de los ministros y consejeros que había conocido.

La adrenalina de la demostración había desaparecido y ahora se sentía chiquitita y bastante avergonzada por todo lo que había hecho. En un abrir y cerrar de ojos, pasó de ser una perdedora a ser la reina del desacato, para terminar casi suplicando por la vida de Dennis.

Loew fue la primera en romper el silencio:

—Hasta ahora, hemos podido domesticar hidraliscos. Los OPP parecen adaptarse sin problemas a esta especie elemental.

—Así que seleccionaron a los hidraliscos porque es fácil domesticarlos...

—Pragmática pura.

—Y no porque su versatilidad los transformó en la columna vertebral de las fuerzas zerg.

La doctora hizo una pausa, parecía que nunca se lo había siquiera planteado. Garr suspiró:

—Puedes crear más, ¿no es cierto?

—Sí, todos los que podamos capturar e infectar. Los zerg domesticados son portadores del patógeno y se lo contagian a los nuevos reclutas.

Garr echó humo por el costado de la boca.

—¿Y tienen un plan B? ¿Qué sucede cuando no obedecen?

—Imposible. Eso no puede suceder nunca con una infección de OPP exitosa —dijo ella mientras movía la mano en un gesto desdeñoso.

—Cuánta seguridad... da miedo.

—Hay muchos controles de seguridad en el sistema. Hacemos un seguimiento constante de la integridad de la señal y una regulación continua de la retroalimentación. Además, tenemos un resguardo llamado Somnus. Cuando se activa Somnus, el lóbulo parasítico del cerebro genera una catarata de señales nerviosas incompatibles que, en pocos segundos, causan la muerte del sujeto.

Garr sopesó toda esa información mientras miraba a los zerg marchar en las pantallas de la oficina, como si estuvieran en una formación militar.

—Necesitarás instalaciones más grandes —dijo—. Y más recursos.

—Es un proyecto piloto exitoso y con el tiempo...

—Tonterías —interrumpió él sin pensar—. Harris, ¿cómo estamos de tiempo? ¿Está disponible Su Majestad Imperial?

El asistente, que estaba de pie en la puerta, respondió de inmediato.

—Nos han concedido un minuto de teleaudiencia.

—Muy bien. —Garr giró hacia la Dra. Loew y la señaló—. El Emperador Arcturus Mengsk te va a hablar —dijo como si le fuera a hablar el mismísimo creador—. No te

dirigirás a él a menos que sea necesario. Contestarás a todas sus preguntas de forma directa y concisa. *No* lo harás perder el tiempo.

Loew quedó desconcertada. Había esperado llamar la atención de un viceministro de ciencia como mucho. Se había quedado muda.

—Cálmate, Loew —dijo Garr pero el consuelo que le daba se desvaneció enseguida—. El emperador solo castiga el fracaso.

La insignia del Dominio titiló en la pantalla en color carmesí, debajo se leían las palabras TRANSMISIÓN SEGURA en negrita.

Garr miró directamente hacia el sello, deferente.

Loew se quedó sin aliento cuando apareció esa cara barbuda. La había visto miles de veces en los billetes, en los holocarteles de las calles y en todas las transmisiones del Dominio. Pero nunca había presenciado algo así: enfocado pero relajado, al mando pero sin dar órdenes.

—Coronel Garr —dijo el emperador con el mismo tono entrecortado e impaciente con el que Garr se dirigía a Loew—, explíqueme de qué se trata este "Proyecto Domesticación".

—Me han convencido de su viabilidad, Su Majestad Imperial, tanto para tareas internas como externas. —La respuesta de Garr fue moderadamente entusiasta, positiva pero no efusiva.

—Ajá. —Mengsk parecía estar mirando algo fuera de la pantalla—. Control completo. Y le robaremos sus fuerzas principales.

Mengsk le sonrió a algo, su dentadura menos blanca de lo que hubiera esperado la Dra. Loew. Levantó la mirada hacia ella, como si le hubiese estado leyendo la mente.

—Dra. Sandra Loew —dijo en forma introductoria.

—¿Sí?

Garr la golpeó discretamente en los zapatos con la suela de sus botas.

—¿Sí, Su Majestad Imperial? —se corrigió.

—Estamos muy impresionados con el potencial de su trabajo —dijo Mengsk con cara de sinceridad antes de poner una expresión más afilada—. Dígame, el Proyecto Domesticación ¿puede eliminar a la Reina de las Cuchillas como amenaza externa?

La Dra. Loew dudó. Mengsk no había mencionado al Enjambre. Solo a Kerrigan. Era un pensamiento desalentador. Ella había considerado nidos, hasta colmenas. ¿Pero la mismísima reina...?

Aunque pensándolo bien, ¿por qué no? Lo único que tenía que hacer era modificar el código para adaptarlo a huéspedes OPP de otras especies. Y eso era solamente cuestión de tiempo. El resto del Enjambre caería tarde o temprano.

—Si se recrea correctamente el sistema, ya no habrá un Enjambre zerg sino un Enjambre bajo el control del Dominio, Su Majestad Imperial.

Mengsk sonrió fríamente y dijo:

—Arranquen la cabeza del cuerpo, recién entonces estaré contento. —Su voz dejaba ver una herida aún en carne viva.

Los ojos grises encendidos de Mengsk penetraron directamente en los ojos de la doctora.

—Se ha ganado mi apoyo. No lo eche a perder —le advirtió. Desplazó la vista abruptamente hacia Garr—. Coronel Garr: quiero resultados, cueste lo que cueste.

—Como ordene, Su Majestad Imperial. —La voz de Garr era reconfortante y aterciopelada.

Mengsk miró hacia otro lado por un instante y la transmisión se cortó sin más.

—Muy bien —dijo Garr, bien erguido—. Si no contamos tu pésimo comportamiento protocolar.

—Entonces, ¿cómo sigue todo esto? —preguntó la doctora Loew desorientada—. ¿Cuándo empezamos?

Garr se rió entre dientes.

—Hace diez minutos. Ya se envió todo lo necesario según las actuales auditorías de tu proyecto. El Dominio te está dando todo su apoyo. No es algo de lo que todos los xenobiólogos puedan alardear.

La Dra. Loew se llenó de orgullo. Lo había logrado. Su trabajo serviría para salvar vidas, no más intentar impresionar a ministros y consejeros.

—¿Hace diez minutos? ¿Nada más? —preguntó con un aire de superioridad que no conseguía sacudirse por completo.

—Ahora sí, esa es la actitud que quiero ver —dijo Garr.

La consola remota de Loew sonó con un tono que nunca había oído. Habría sido hermoso si no hubiese sido tan chillón.

Abrió los ojos bien grandes cuando leyó el mensaje.

—¿Qué? —articuló, y el orgullo desapareció de repente, como una babosa que se escapa de la sal. Garr se preparaba para irse con una última ojeada a las pantallas—. ¿Qué es esto? —reclamó—. ¿Las pruebas de interacción humana empiezan mañana?

Garr se rió entre dientes, avergonzado.

—Lo siento, no conseguimos voluntarios que pudieran llegar aquí antes. ¿Es un problema para ti, Oh poderosa domadora de hidraliscos?

Ella sacudió la cabeza en silencio.

Garr cerró su maletín de un golpe y salió apresuradamente de la oficina. La Dra. Loew lo siguió, más que nada por reflejo. De todos modos, tenía que ir para ese lado a supervisar la alimentación del hidralisco.

—Y, Harris, asegúrate de que me envíen los archivos de Thys a mí también. Tal vez podamos hacer que esos traidores se muevan un poco.

Garr y su asistente ya estaban en otro lado, confiados de que podían pasar a otros temas. Sus zapatos retumbaban con estrépito y hacían un eco demasiado ruidoso en las baldosas rayadas y las paredes desnudas.

Para cuando alcanzó las jaulas de los hidraliscos, Loew ya casi se había autoconvencido de que las cosas todavía estaban bajo control.

Dennis arrastró los pies al oír que se abría la puerta de la jaula. Emitió un ruidito, entre un resoplido y un ronroneo, que hizo eco en las paredes desnudas.

La miró con aire expectante e hizo otro sonido, esta vez más inquisitivo. A Loew le pareció que había sido la única vez en todo el día que alguien le pedía algo *por favor*.

La consola pió. La doctora la levantó con curiosidad y acercó la cara. Varios pulsos azules incandescentes que monitoreaban la actividad mental del zerg cautivo y domesticado cruzaron la pantalla. Había habido un breve pico de actividad que ni el hardware ni los filtros podían explicar.

Ella levantó una mano y dijo:

—Quieto Dennis.

El hidralisco la observó cauteloso mientras ella miraba la pantalla. Loew solicitó un breve diagnóstico del sistema de monitoreo. Los lóbulos OPP estaban todos conectados y funcionaban normalmente.

Dennis se sentó inmóvil por los siguientes diez minutos mientras ella abría los registros de las últimas semanas. Nada que se pareciera a ese pico. Loew iba a tener que presionar a Bayma y al resto del personal que monitoreaba las señales para asegurarse de que fuese un error de transcripción y que el pico no se hubiera originado de los lóbulos. Necesitaba más ancho de banda para monitorear procesos pero, como a partir de ahora el que se hacía cargo de las cuentas era el emperador, eso no sería un problema.

—Muy bien. Hora de la cena —dijo después de presionar el último comando, segura de que la anomalía no merecía atención inmediata. Además, había cosas mucho más importantes para hacer.

Ingresó un código en la placa de la pared y se abrió una puerta. Había un plato de carne cultivada cortada en cubos llena de vetas de grasa. La colocó en el suelo a un brazo de distancia.

—Espera —dijo con firmeza.

Dennis se agazapó con los ojos fijos entre ella y la comida para poder ver las dos cosas al mismo tiempo. Temblaba ligeramente, deseando abalanzarse pero conteniéndose.

—¡Buen chico! —dijo con más entusiasmo del necesario.

Dennis se precipitó sobre el plato metálico, arrastrándolo ruidosamente por el suelo de hormigón mientras engullía pausadamente, sin apuro. Se oía el castañear de sus dientes y la carne triturándose.

Al menos, la relación era simple y directa. Quizá Dennis no sintiera afecto por ella, pero sabía quién mandaba. Si todo fuera así de fácil... Dennis había superado todas las expectativas. Todas menos las de ella. Ella podía predecir cada uno de sus movimientos. Ella podía lograrlo. De hecho, ya lo había logrado.

Iba a salir todo bien.

El ruido cesó y Dennis se quedó mirando el plato fijamente. Lo golpeó con la mandíbula pero hizo ruido a vacío. Aún agazapado, miró a la Dra. Loew con un destello rojo en los ojos.

Ella le devolvió la mirada y sonrió.

—Ay, qué monstruito glotón. —Le palmeó la cabeza—. Basta, ya te di suficiente.

Dennis le gimoteó una vez.

—No, suficiente. —Pero se le escapó una sonrisa.

Dennis pestañó con esos párpados capaces de detener una bala disparada a quemarropa.

—Está bien. *Uno* más y nada más. Hoy te portaste muy bien. —Se dio vuelta para volver a llenar el plato y Dennis la siguió con la vista—. Pero solo porque yo lo digo. Mejor que recuerdes quién manda acá.

Dennis se comió el segundo plato con placer mientras ella miraba.

Loew se apuró para alcanzar el transporte que había llegado. Solo tres semanas de proyecto y Garr ya le estaba haciendo una visita sorpresa.

Mientras Loew cruzaba el patio, miró los campos de entrenamiento. Un pelotón apodado "Lobos Perdidos" estaba preparado para entrar en acción mientras los Domesticados, liderados por Dennis, despejaban una falsa instalación minera. *Los zerg no ocupan edificios*, pensó.

Garr estaba radiante cuando salió de la nave hacia el día radiante con ese traje impecable.

—Vengo a informarle lo impresionados que están con sus avances el Senado, el Comando y hasta el mismísimo emperador. Debo felicitarla, Doctora. —Le extendió la mano expectante, primera vez que dirigía ese gesto a ella.

La doctora la estrechó y la sintió fresca y apenas húmeda, como si acabara de lavarla antes de salir del transporte.

Él relajó la cara mientras retiraba la mano y la guardaba en el bolsillo.

—Bien, ya hechos los cumplidos, discutamos la situación del proyecto.

—¿Qué situación? —preguntó la doctora—. Acaba de decir...

—Eso fue esta mañana. *Ahora* necesitamos discutir algunos temas. Cómo vamos a obtener resultados en el campo, por ejemplo.

—Podemos hablar de eso después de hablar del entrenamiento de mis hidras en tácticas urbanas.

—Su visión es limitada doctora. Tenemos que planificar para cualquier eventualidad. De hecho, hemos encontrado un buen banco de pruebas.

Loew sintió como si le arrebataran algo de las manos.

—No pienso cambiar mi propio proyecto.

—El proyecto *del Dominio* —corrigió Garr—. Thys es una colonia minera que extrae vespeno en los límites, y recientemente comunicó el avance de una fuerza zerg salvaje hacia la refinería principal. Los datos recabados indican que los colonos cederán muy rápido. Queremos que nuestras fuerzas estén en el terreno en treinta y seis horas para impedirlo.

—¿Me está pidiendo que lleve a mis Domesticados a un campo de batalla en un día y medio? ¿Contra otros zerg?

—No le estoy *pidiendo*, le estoy *avisando*. La estarán observando los miembros más importantes del Departamento de Operaciones para Investigaciones Especiales en Xenobiología, además de sus colegas militares.

Loew quería decirle que era completamente imposible, pero no sabía cómo. Habría que hacerlo, no tenía otra opción.

Garr sonrió frente al mutismo de la doctora.

—No se ponga así. Esta será principalmente una operación de limpieza; la probabilidad de que se produzca un combate prolongado es bastante remota.

—¿Combate prolongado?

—Los administradores de la mina están... complicados. Descontentos. Es una turba en realidad.

Aplicaciones internas, pensó la doctora.

—Pero son humanos —dijo.

—Si es de ayuda, considérellos traidores, Dra. Loew. Usted sabe cómo castigamos a los traidores en el Dominio.

Loew parecía agotada.

—¡Pero el objetivo de este proyecto es justamente proteger a los humanos de los zerg! Sería...

—El objetivo de este proyecto es el *redireccionamiento* de los zerg a otros objetivos que nosotros determinemos. —Garr perdió todo rastro de cordialidad y se puso frío e insensible en un segundo—. Si los colonos de Thys se nos ponen en contra después de que los rescatemos de los zerg, serán nuestro siguiente banco de pruebas.

—Si usa a los Domesticados contra humanos, seré yo la responsable de las muertes que causen. —La Dra. Loew apretó los puños tan fuerte que ya no los sentía—. Mis sujetos...

—Sus sujetos son *armas*. Ahórreme su ingenuidad.

Sentía que la rabia la consumía, pero se aferró a lo único que le quedaba: sus hallazgos, su genio. Quizá se le estaba yendo todo de las manos, pero no iba a darse por vencida tan fácilmente.

—Muy bien, Coronel Garr —dijo con voz imperturbable. No era el momento de ponerse a discutir.

—Queremos resultados y no excusas, o pondremos un administrador que pueda cumplir con las entregas.

La Dra. Loew asintió. Sentía cómo se le clavaban las uñas en las palmas de las manos.

—Bien. Ahora, mostrémosles a nuestros enemigos por qué nos tienen que tener miedo. —Encendió un cigarro nuevo con un encendedor antiguo y aspiró, después exhaló el humo azul.

En Thys, rayos blancos desgarraban las nubes que parecían llagas en el cielo. Detrás de ellas, el cielo supuraba rojo y rosa. El viento olía a huesos. Las torres metálicas ventilaban gases contaminantes con brillantes llamas amarillas que iluminaban los lomos de varios cientos de zerg enemigos que avanzaban sobre los portones de la refinería.

La voz del sargento crujió en el intercomunicador:

—Las ánimas se encargarán de la restricción de área. Nosotros entramos en medio del combate. ¡¿QUIÉN ESTÁ LISTO PARA PATEAR CULOS VERDES?!

—¡LOBOS PERDIDOS, LISTOS PARA EL COMBATE! —dijeron sus hombres como si fueran uno.

Dennis y el grupo de hidraliscos resoplaron ruidosamente en respuesta. Las líneas que les acababan de pintar en la cabeza reflejaban las luces interiores del transporte, ahora de un naranja lúgubre.

El transporte aminoró la marcha y se abrió la escotilla de despliegue, lo que permitió la entrada del olor a cementerio de la atmósfera de Thys.

—¡VAMOS, VAMOS, VAMOS! —gritó alguien.

Los humanos se echaron a correr apenas pisaron el suelo, los Domesticados iban detrás, dispersándose casi en silencio. Loew los siguió, se esforzaba por permanecer en calma mientras monitoreaba la telemetría de sus zerg y coordinaba sus movimientos.

Las ánimas del Dominio surgieron de la nada y abrieron fuego, las formaciones enemigas de zerg más cercanas quedaron iluminadas. Lanzas rojas surcaban el aire y se incrustaban en la masa de criaturas, dejando líneas de caparzones abrasados en el camino.

Las naves y los equipos de tierra habían hecho una X en la multitud de zerg a las puertas de la colonia. El ejército zerg se vio obligado a dividir sus fuerzas entre las ánimas y las tropas del Dominio que se acercaban.

Los camazotes abrieron un perímetro irregular de plasma ardiente y cuerpos en llamas. Los hidraliscos domesticados entraron en medio de la lucha cortando y desgarrando y dinamitando. Trituraban todo aquello que pudiera devolver el ataque. Hasta el momento, el enemigo parecía no detectar la presencia de hidraliscos fuera del control de los zerg. Era como si los Domesticados no estuvieran allí.

Qué raro, pensó Loew. No se esperaba esa reacción.

Dennis y su grupo se detuvieron y miraron hacia el cielo aparentemente vacío. Varias formas aladas y borrosas atravesaron las nubes espesas. Una ola de mutaliscos entró en escena para bombardear el campo de batalla. Los Domesticados emitieron un chillido de advertencia que se impuso al caos y los disparos.

—¡Arriba, arriba! —gritó Loew.

Los Domesticados dispararon espinas cuando los mutaliscos estuvieron a su alcance. Los zerg salvajes devolvieron una andanada de gusanos gladia. La escena se convirtió en una sucesión de imágenes estroboscópicas iluminadas por el fuego de las armas, pedazos de mutaliscos que golpeaban el suelo, chorros rojos que se filtraban por las grietas abiertas en las armaduras.

—¡Ánimas! ¡Aliados en tierra! ¡Solo antiaéreos! —ladró Loew por el intercomunicador.

En medio del chillido de los reactores, las ánimas lanzaron un bombardeo a la pasada y se amontonaron para enfrentarse con los mutaliscos en apoyo de las unidades

terrestres. Con algo de suerte, podrían cortar en dos las tropas enemigas para separar aún más las dos masas de zerg.

La lluvia de gusanos gladia siguió martillando la ofensiva del Dominio. Los zerg no atacaban blancos individuales, se limitaban a eliminar a los enemigos que se esforzaban por recuperar terreno. Varios de los Domesticados estaban heridos y emanaban fluidos pero no dejaban de disparar hasta que caían completamente destrozados. A la doctora se le cortaba la respiración cada vez que se le cruzaba por la cabeza que Dennis podía ser uno de los caídos. Sabía exactamente lo que se les había ordenado, pero saberlo no era lo mismo que vivirlo.

—¡Loew! ¡Estado de las tropas! —gritó el sargento.

La doctora miró los datos. Tantas bajas...

—¡Perdimos muchas señales! ¡Fuerzas a la mitad como mucho!

—A los soldados se les pide que den la vida —fue la respuesta—. Los que estén vivos diríjense al perímetro oeste. ¡Hay que impedir que los zerg se reagrupen!

Loew quería que el asalto terminara, pero no se sabía cuántas reservas tenían los zerg. En el laboratorio todo podía medirse, fraccionarse en momentos, pero las batallas podían ser interminables. Los Domesticados no decepcionaron: luchaban con una ferocidad y determinación que opacaba hasta a sus hermanos salvajes.

Llegó lo que en Thys venía a ser el día y todo se tiñó de rosa pálido. Innumerables cuerpos destrozados, la mayoría zerg, algunos humanos, alfombraban el campo frente a la mina.

El transporte resplandeciente de Garr descendió cautelosamente ante las puertas de la colonia exactamente quince minutos después de que se reportara muerto el último zerg presente en el campo de batalla. Un destacamento privado de guardias salió antes que él y formó una barrera defensiva. Otros transportes del Dominio también descendieron, confiados de que si Garr había podido desembarcar, ellos podrían aterrizar también.

La mayoría de los consejeros había decidido aparecer en traje de negocios, como si estuvieran asistiendo a una reunión formal y no a un campo de demostraciones en zona de guerra. Esquivaron delicadamente los cadáveres como para no mancharse con sangre el dobladillo de los pantalones.

De pie, Garr emanaba autoridad en ese impecable uniforme gris, con una insignia brillante en el pecho que parecía un blanco de tiro.

—Reúna sus tropas —fue lo único que dijo.

Los guantes de Loew estaban manchados hasta los codos con sangre zerg proveniente de sus intentos de asistir a algunos de los heridos. Habían muerto demasiados Domesticados y, aunque se le hacía cada vez menos difícil sobreponerse a las bajas, nunca dejaba de sentir tristeza.

Estaba exhausta y permanecía erguida solo porque se había puesto firme cuando vio que Garr se acercaba. Estaba pensando en mejoras posibles para mantener la cabeza ocupada en algo y no quedarse bloqueada. Quizá podía ocuparse de rediseñar el crecimiento de la armadura de los Domesticados... probablemente eso hubiese salvado algunos.

—Loew. Reúna sus tropas —gruñó Garr.

Un instante después, la doctora volvió al tema del campo de batalla sin ningún preámbulo:

—¿Qué le pareció la demostración? —preguntó tajantemente pero en realidad no le importaba lo que él pensaba.

Garr aspiró su cigarro.

—Le informaré cuando termine.

Le llevó un momento pero finalmente Loew se dio cuenta de todo, vio la realidad claramente.

—Usted planeó todo esto desde el principio, ¿no?

—¡Muévalos y cierre la boca!

Los Domesticados se acercaron arrastrando los pies, hechos polvo pero listos para luchar. Estaban preparados detrás de los Lobos Perdidos que quedaban, esperando órdenes. Los Lobos tenían los estimpacks casi vacíos y se hundían dentro de sus armaduras.

Garr se mojó los labios mientras miraba los portones abiertos. Los búnkeres destruidos humeaban lentamente.

—Avancen. Tomen las instalaciones. Maten a todos los que se resistan.

—Entendido. —Los dedos de Loew bailaron sobre la superficie rayada y manchada de la consola remota y después se detuvieron. Los Domesticados se crisparon y quedaron atentos. Dennis miraba hacia adelante, a un punto fijo.

El viento silbaba bajo, vil.

—¡Ataque ahora! —ordenó Garr a Loew con una voz glacial—. Y ustedes, hijos de puta, nos van a apoyar o les diré a estos bichos que se los coman vivos.

—¡Listo! —gritó Loew. Ingresó una secuencia de comandos sin mirar. Blancos nuevos, prioridades nuevas.

Los hidraliscos se tensionaron y de un salto pasaron sobre los Lobos, irrumpiendo entre los soldados regulares del Dominio y los consejeros y científicos que protegían.

Las cuchillas atravesaron pechos y arrancaron extremidades. Las prendas de seda al cuerpo no prestaban una buena protección, pero ni siquiera las armaduras de batalla hubieran podido frenar los guadañazos.

Loew tenía los ojos llorosos. Le daba culpa no sentirse mal por lo que estaba haciendo. No iba a retirar a sus zerg por nada. Eran de ella. Si Garr quería usarlos contra los humanos, eso era lo que iba a conseguir, y ella le estaba concediendo su deseo.

Los Domesticados se pusieron como locos mientras destrozaban a los guardias pasmados de Garr, que tenían pensado quedarse allí de pie aparentando ser peligrosos mientras su jefe hacía las rondas. Solo unos pocos llegaron a disparar antes de que los hidraliscos los destrozaran.

Garr se puso pálido de miedo. Buscaba torpemente su espada cuando algo lo atravesó con un chasquido. Lo habían cortado en banda desde el hombro hasta la cintura y las dos partes comenzaron a separarse de a poco.

Loew no iba a frenar a los zerg, pero tampoco podía ver la masacre, así que dio media vuelta para no ver más sangre derramada. El cadáver de Garr cayó seco contra las piedras con un chapaleo.

Los Lobos Perdidos se pusieron en alerta enseguida pero no sabían bien a quién atacar. Algunos se cubrieron al oír los disparos convulsivos e inútiles de los guardias de Garr.

A diferencia del caos prolongado de la batalla anterior, este ataque se había ejecutado con una precisión casi quirúrgica. En menos de treinta segundos, los soldados regulares del Dominio, los consejeros y los científicos murieron en el mismo lugar donde estaban parados, sin bajas de los Domesticados.

Los transportes habían cerrado sus escotillas de despliegue e intentaban escapar. Lo que se suponía que iba a ser un espectáculo, se transformó en una matanza de espectadores.

Loew dejó que las naves se marcharan.

Los Lobos se habían apostado en posiciones defensivas alrededor de su transporte, que había reaccionado demasiado tarde para escapar. Teniendo en cuenta los números, Loew sabía que los Domesticados tenían la ventaja, pero aún no atacaban.

Intentó dejar de llorar. Garr era un monstruo y se lo merecía. Pero no era el único monstruo, era simplemente el que estaba a su alcance. Aún así, había sido ella la que lo había asesinado, ¿no es cierto? Todos habían muerto por las órdenes que ella había dado con su consola.

—¿Qué mierda está pasando? —preguntó el sargento de los Lobos perdidos—. ¿Aún tienes el...?

—Sí, tengo el control —respondió Loew—. Yo les ordené que atacaran.

Dennis y el resto de los hidraliscos permanecían al acecho, las líneas amarillas que tenían pintadas en el lomo salpicadas con sangre que se secaba con el calor de la mañana. Observaban pero no se movían.

Loew reprimió el llanto y dijo:

—No podía permitir que se llevaran a los Domesticados. No si planeaban usarlos de esa forma.

El silencio se llenó de arañazos nerviosos sobre la piedra, las armas permanecían en posición, listas para atacar, y destellaban con la luz de la mañana.

La consola le chilló. Loew no podía despegar los ojos de los zerg. Estaban allí, preparados para hacer lo que fuera por ella. Ella no había querido verlos matar, pero iba a obligarse a verlos morir. Era lo mínimo que podía hacer por ellos.

—Lo siento tanto, Dennis. —Respiraba con dificultad mientras sus dedos se desplazaban sobre la consola—. Es hora de activar Somnus —dijo en tono de promesa.

Activó el comando Somnus con un movimiento rápido de las manos. Un ácido le quemaba la garganta mientras destruía todo el trabajo de su vida. En instantes, los vería morir.

Los hidraliscos seguían al acecho, relajados. Sin convulsiones. Sin ningún signo de sufrimiento.

El monitor seguía chillando así que finalmente la doctora tuvo que mirarlo. Otra vez ese pico de actividad. Pero ahora no era una anomalía breve. Era un nuevo patrón, un sistema completamente nuevo, alocado e irregular.

Habían borrado el programa de Loew. Todos los nodos estaban desconectados. Imposible. Ingresó la secuencia de diagnóstico. El corazón le golpeaba las costillas, se le salía del pecho.

—¡Por Dios! —susurró—. No están... yo no estoy...

Su instinto de supervivencia tomó el control, ahogando toda pizca de devoción y protección, ya no había lugar para eso en su corazón. En cambio, visualizó todas las formas

en las que aquellas criaturas podrían matarla en un abrir y cerrar de ojos. Tal como habían hecho con Garr y los demás.

—¡Dispárenles! ¡Mátenlos! —gritó Loew y su propia voz le sonó extraña—. ¡Están fuera de control!

—¡Fuego! ¡Ya! —gritó el sargento mientras apuntaba su rifle y abría fuego.

Loew se salvó por poco de perder el pie derecho mientras pegaba un salto para cubrirse: una cuchilla le había pasado muy cerca. El terror latía más fuerte que su corazón. La envolvía. Se la tragaba entera.

Lo que más la atormentaba no era la decepción; era la pregunta que le quedaba sin responder. ¿Cuánto hacía que los zerg simulaban estar domesticados? Loew se metió debajo del tren de aterrizaje del transporte. Un conjunto de espinas pasó silbando y se incrustó en el casco inferior. Aunque pudiera despegar, salir de la atmósfera con el casco perforado sería un suicidio.

¿Cuánto? ¿Cuánto habrían esperado? se preguntó. No podía saberlo a ciencia cierta. Recordó a Dennis esperando pacientemente a que le ella le diera de comer. *¿Ahí también? ¿Cuándo? ¿Los habría controlado alguna vez?*

—¡Corran! —gritó Loew—. ¡A la refinería! —Se levantó y salió sin saber lo que hacía, fuera de control.

Los Lobos se vieron superados rápidamente cuando el último transporte despegó, o al menos intentó despegar. Alertados por el ruido de los motores, los hidraliscos abrieron fuego hacia la nave. Apenas a seis metros del suelo, recibió mucho daño y escoró. Los hidraliscos siguieron atacando, el silbido de las espinas silenciaba el de las armas de fuego.

Cientos de púas atravesaron el casco. El esfuerzo del despegue fue demasiado y la nave comenzó a derrumbarse. La nariz comenzó a caer en picada mientras brotaba humo de la cabina de control.

Con los motores a máxima potencia, la nave se precipitó a tierra. En su camino, dejó un surco y quemó toda el área antes de prenderse fuego. No quedó nada.

Pero la explosión les dio la oportunidad de cubrirse.

Loew corrió. Sentía como si estuviese flotando, abriéndose camino por agua pesada o plomo. Detrás de ella, los disparos disminuían.

Faltaban unos veinte metros para los portones, quizá menos. Una compañía de colonos andrajosos le gritaba que se cubriera.

Se oían chillidos detrás de ella y el sonido estrepitoso de garras contra las piedras. Las criaturas la flanquearon tan rápido que Loew sentía que no se estaba moviendo. De un salto, se precipitaron sobre los colonos y los rebanaron. Como no eran soldados, no hubo enfrentamiento.

Un puñado de hidraliscos se frenó delante de Loew y dio media vuelta. Los monstruos blandieron sus cuchillas de guadaña y sisearon con la boca bien abierta, roja y húmeda.

La doctora frenó, tan de golpe que casi se cae al suelo.

Los disparos detrás de ella cesaron. Lo único que se oía era ruido a carne y huesos. Estaba rodeada. Su respiración sonaba asmática, como un gorrión encerrado en un horno industrial.

Los zerg se retiraron. Las garras en posición de descanso, algunas de ellas aún mojadas. Los ojos de Loew miraban frenéticamente para todos lados pero no se movió. No se dio vuelta. Solamente contuvo la respiración, dura como una piedra.

Como si fueran uno, los zerg se fueron saltando o reptando. Loew volvió a respirar. No había explicación. Quizá había sido suficiente cumplir la última orden. Quizá los había marcado.

En todo caso, ya no corría peligro. Estaba segura. Los zerg se habían ido. Se permitió dar un paso hacia los portones de la refinería. Quizá encontrara alguna forma de pedir auxilio.

Pero no podía sacarse la imagen de la lengua del hidralisco moviéndose entre sus dedos, tironeando la comida con rabia. Quería cortarse la mano para liberarse de la sensación. El asco le retorció las tripas como si tuviese un nido de serpientes en el estómago. Todavía tenía la mano húmeda y esa sensación de náusea parecía no querer irse... Loew sentía que nunca iba a abandonarla.

La grava crujió detrás de ella y el pensamiento se desvaneció. Sabía lo que tenía a sus espaldas sin necesidad de mirar. Era un hidralisco con las placas abdominales contra el suelo.

Giró la cabeza lentamente.

El sol se reflejaba en la placa metálica del cráneo de Dennis. No podía ser otro. La miró expectante como si ella tuviera una bolsa con trozos de carne que le pudiese tirar en cualquier momento si se portaba bien.

Resopló una vez, ahora impaciente.

—¿Dennis? —No podía creerlo. Pero, después de todo, había sido su primer sujeto de prueba, y el más exitoso. Era lógico que fuera el más leal. Que fuera el último en librarse de su mando.

Miró los portones destruidos de la colonia y otra vez a Dennis. El reflejo de la media mañana le daba un tono rosado. Estaba relajado pero preparado.

Loew avanzó hacia él. Quizá pudiera reconstruir el proyecto. Quizá todo eso había sido un mal paso, nada más. Ahora podría empezar de nuevo sin la interferencia del Dominio. El OPP estaba vivo dentro de él. Podía usar lo que había aprendido y eliminar la amenaza zerg. Podía...

Los ojos de Dennis se entornaron y levantó los brazos. No era necesario apurarse. Ella era débil y estaba indefensa.

—No —susurró ella—. No, no, no. Tú no. *Tú* no.

Salió disparada como una flecha pero, sin importar lo rápido que corriera, él la alcanzaría.

* * * * *

La Reina de las Cuchillas se enfocó un momento para meterse, desde Carbonis, en la mirada de sus pequeños de Thys. Se enfocó aún más para saborear el sentimiento de persecución mientras manejaba a los hidraliscos.

Kerrigan sentía el viento caluroso y vacío, olía la sangre de los caídos, saboreaba la agonía y el miedo de la que se había quedado sola, una mujer estúpida que había intentado controlar lo que le pertenecía, a ella y a nadie más que ella.

Aún así, la mujer le había dado una gran oportunidad. Había intercambiado varios soldados de a pie por, ¿cuántas mentes brillantes del Dominio? Peones por alfiles y torres, y hasta una aspirante a reina... Lo único malo era que no iba a ver la cara de Mengsk cuando se enterara de lo sucedido.

La Reina de las Cuchillas saboreó el perfume del miedo de la científica, de pie a solo unos pasos de su antigua mascota. Decidió dejar que la falsa reina corriera un poco más.

Solo un poco.